

FORMAS ALTERNATIVAS DEL LENGUAJE Y DEL PENSAMIENTO EN «TLÖN, UQBAR, ORBIS TERTIUS», DE JORGE LUIS BORGES¹

ALBERTO RIBAS CASASAYAS
Universidad Pompeu Fabra. Barcelona

RESUMEN

Este trabajo tiene por objeto las implicaciones filosóficas que se derivan de la descripción del lenguaje y el pensamiento de Tlön en el relato breve «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» de Jorge Luis Borges, especialmente desde las categorías relativas a la filosofía del lenguaje, y atendiendo también a las contradicciones que se dan entre los elementos filosóficos presentes en la narración. El trabajo quiere ser una reflexión filosófica sobre un objeto literario y, a su vez, un principio de análisis de los elementos filosóficos en la obra de Jorge Luis Borges como artificios retórico-argumentativos con unas finalidades concretas para las funciones propias de un texto

¹ El presente artículo forma parte de una serie de trabajos de su autor acerca de la relación entre la obra de JORGE LUIS BORGES y el pensamiento filosófico. Si este trabajo mereciese algún tipo de propuesta, comentario, crítica o refutación, el autor agradecería que le fuesen dirigidas a alguna de estas dos direcciones de correo electrónico: albertoribas@hotmail.com y msxmen@lix.intelcom.es.

Quisiera asimismo expresar mi agradecimiento a la doctora MONTSERRAT BORDES SOLANAS, profesora titular de Historia de las Ideas y de Filosofía del Lenguaje en la Facultad de Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, por el interés que ha mostrado en este trabajo y sin cuya guía y crítica éste no habría sido posible en modo alguno.

literario (como pueda ser, por ejemplo, salvar las sospechas del lector sobre la lógica interna del texto que percibe).

1. INTRODUCCIÓN

Es frecuente en la obra de Jorge Luis Borges la inserción de reflexiones de orden más o menos filosófico acerca del lenguaje o de las relaciones entre éste y el pensamiento humano; cuando menos, asistimos con frecuencia a exposiciones ficcionales que presentan al universo como un conjunto de signos. La presencia de elementos conceptuales de filosofía del lenguaje se da, por ejemplo, en «El espejo de tinta», «La escritura del dios», «La Biblioteca de Babel», «Funes el memorioso» o en «El idioma analítico de John Wilkins». A este respecto, es objeto de este trabajo «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», donde se explica el descubrimiento de la enciclopedia de un mundo totalmente artificial (esto es «creado» mediante la elaboración de cierta enciclopedia por parte de una misteriosa sociedad de eruditos) con su propia historia, su zoología, su pensamiento y su lenguaje, y cómo el conocimiento de este mundo figurado artificialmente llega a la opinión pública y deviene un asunto de primera línea hasta el punto de que amenaza con absorber intelectivamente al mundo empírico del narrador. Ocupa un orden central en la disposición de la trama la exposición realizada por el narrador (el Borges ficcional) sobre el lenguaje y el pensamiento de ese mundo-otro, los cuales se caracterizan fundamentalmente por su *alteridad*, su franca oposición o diferencia con los esquemas lingüísticos y de percepción del mundo en el universo empírico del narrador (aquel desde el cual la instancia narradora del relato efectúa sus proposiciones).

Este trabajo tiene por objeto el comentario de las implicaciones filosóficas que se derivan de la descripción del lenguaje y el pensamiento de Tlön, especialmente desde la perspectiva de las categorías relativas a la filosofía del lenguaje, y atendiendo también a las contradicciones que se dan entre estos elementos derivados. Quisiera, por un lado, proponer este comentario como base o guía de una interpretación que permita conducir al lector a «la adivinación de una realidad atroz o banal» en la narración, por emplear las palabras del propio Borges, pero, ante todo, quisiera que lo que prosigue se entienda no tan sólo como un análisis desconstruccionista estéril e inconcluyente, sino como un principio del análisis de los elementos filosóficos en la obra de ficción de Jorge Luis Borges como artificios retórico-argumentativos dispuestos a través de la trama con diversos fines, como pueden ser salvar las *sospechas* del lector contemporáneo acerca de la lógica interna del texto de ficción, o desafiar las ba-

rreras ontológicas entre los niveles del mundo ficcional del relato y el mundo empírico del lector.

A este respecto, el comentario a la obra de Borges en el sentido que aquí se apunta debería ser más exhaustivo, examinar más piezas del autor y no limitarse a un comentario filosófico, sino aplicar también las categorías de la retórica argumentativa, la narratología y la hermenéutica literaria. Aunque tan sólo sea por las razonables limitaciones de espacio requeridas a un artículo académico, permítaseme aquí limitarme, como proposición propedéutica a un comentario más profundo, a un análisis dentro del alcance del curso filosófico.

2. «FUNDAMENTAL VAGUEDAD»

«Debo a la conjunción de un espejo y una enciclopedia el descubrimiento de Uqbar» (F., p. 13)². Además de su función narrativa, la primera oración del cuento deriva unas connotaciones que vienen a ser la síntesis de los contenidos del relato. Esta oración conjunta los motivos de la exposición descriptiva de todo un mundo (tal es el propósito ideal de una enciclopedia) y el de la imagen invertida; la conjunción de ambos motivos connota una idea de anti-mundo, mundo invertido, de tal modo que el tema se halla presente ya en las connotaciones de los términos empleados para abrir la narración. De la misma forma podría verse cómo las connotaciones presentes en los términos del segmento del cuento dedicados a la exposición del lenguaje y el pensamiento de Tlön muestran cómo Borges tendió a una selección paradigmática que tendería a acentuar el extrañamiento, la percepción lectora de una oposición o distanciamiento radical entre los esquemas básicos del lenguaje y el pensamiento en el mundo empírico y los del lenguaje y el pensamiento de Tlön.

Así sucede en lo que se refiere a las relaciones entre pensamiento y lenguaje en Tlön, de tal forma que una suerte de extraño idealismo radical congénito de los habitantes de ese universo es el factor determinante de sus todavía más extrañas lenguas. A continuación se intentará una descripción clara de esas formas de lenguaje y pensamiento. Cabe ver aquí cómo, de forma más o menos deliberada, se incurre en algunas contradicciones en lo que respecta a la prioridad lógica entre pensamiento y lenguaje. Entiéndase: a lo largo de la narración se da a entender que lenguaje y pensamiento son interactivos, y que en-

² Las referencias de página en cuerpo de texto remiten a la edición de «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» en BORGES, JORGE LUIS, *Ficciones*, Madrid, Alianza-Emecé, 1995, pp. 13-36.

tre uno y otro ha de haber una prioridad lógica de tal modo que un elemento influya sobre el otro. Es decir, o bien el pensamiento influye sobre la expresión lingüística, o viceversa, el lenguaje determina al pensamiento. Pero el caso es que en el cuento se incurre en una contradicción flagrante. Así, por un lado:

«Las naciones de ese planeta son —congénitamente— idealistas. Su lenguaje y las derivaciones de su lenguaje —la religión, las letras, la metafísica— presuponen el idealismo» (F, p. 21).

Y por otro:

«[Sobre el sofisma de las nueve monedas] El lenguaje de Tlön se resistía a formular esa paradoja; los más no la entendieron» (F, p. 25).

Ambas ideas son radicalmente opuestas. Veamos qué se deriva de cada una de ellas. La idea de que la forma de mi lenguaje no puede producir determinadas figuraciones de mi pensamiento (p. 25) es propia de una tesis relativista lingüística, según la cual el lenguaje determina al pensamiento, estructura la visión del mundo y el aparato conceptual de los individuos; en el caso de «Tlön...», un lenguaje «poético» determinaría una visión del mundo idealista. El relativismo lingüístico, expresado por vez primera y de forma explícita por Francis Bacon en *The Advancement of Learning*, fue la tesis defendida por Saussure, Sapir y Whorf, y afirma que todo pensamiento se ha de dar en el lenguaje, y que cada lenguaje estructura el mundo de formas diferentes³. O sea,

³ Así lo expresa la epistemología de Bacon:

«Although we think we govern our words, (...) certain it is that words, as a Tartar's bow, do shoot back upon the understanding of the wisest, and mightily entangle and pervert the judgement. So that it is almost necessary, in all controversies and disputations, to imitate the wisdom of the mathematicians, in setting down in the very beginning the definitions of our words and terms, that others may know how we accept and understand them, and whether they concur with us or no. For it cometh to pass, for want of this, that we are sure to end where we ought to have begun, which is — in questions and differences about words» (BACON, Francis, citado en HACKING, Ian, *Why Does Language Matter to Philosophy?*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, p. 5).

El germen del relativismo lingüístico en literatura se expresa a partir de los románticos: autores como Schiller, los hermanos Schlegel, Keats..., se lamentaban del carácter desvirtuador del lenguaje en la formalización de la expresión más íntima y pura del espíritu del poeta. Percy Shelley, de una forma más preclara, se avanzaba a sus contemporáneos postulando en *Prometheus Unbound* que el lenguaje, como elemento formalizador de la expresión del pensamiento, era asimismo el ordenador del pensamiento mismo, función racionalizadora de contenidos mentales-espirituales que en la fase previa a su expresión lingüística vienen a ser elementos amorfos, meras sensaciones internas incommunicables y acaso hasta incomprensibles para uno mismo.

que de la diferencia de lenguajes se deriva una diferencia de estructuras conceptuales, de tal modo que las formas culturales, la visión del mundo y el pensamiento, son inconmensurables en función de lenguajes estructuralmente distintos. Por otra parte, ya que cada lenguaje es un sistema de signos relacionados arbitrariamente con los objetos que designan, sistemas distintos el uno del otro, no puede haber, en absoluto, visiones imparciales del mundo, y todas estarían basadas en las estructuras convencionales del lenguaje. Una expresión radical del relativismo lingüístico implicaría «que la realidad es algo en gran medida construido inconscientemente sobre los hábitos lingüísticos de la comunidad, y por ello, que diferentes comunidades no se limitan a categorizar de modo distinto el mundo, sino que realmente viven en mundos diversos [...]; ese mundo en que viven es, en gran parte, un resultado de la lengua que hablan, pues ésta condiciona la interpretación que se tiene, la manera de contemplar el mundo»⁴; más moderado sería afirmar, como hace José Luis Pinillos, «que ciertos hábitos semánticos aparecen asociados a la forma habitual de organización de la experiencia y pueden facilitar la práctica de ciertos comportamientos no verbales» y que la posesión de un término para designar un objeto *x* *facilita* la mención de este objeto frente a otro lenguaje que no posea el término⁵.

A estas tesis se oponen las que postulan la prioridad del pensamiento sobre el lenguaje (como la que aparece en F., p. 21). Es la idea defendida por N. Chomsky y J. A. Fodor, según la cual la estructura del pensamiento es el fundamento de la estructura del lenguaje. Desde la perspectiva del innatismo chomskyano, el niño tiene en su mente un bagaje intelectual innato que le capacita para la formación de una gramática *in mente* con la ayuda de la expe-

Posteriormente, Nietzsche, que ya sospechaba una falsedad en el empleo de la estructura de sujeto y predicado como categorías lógico-filosóficas, afirmó que no se habían podido fundamentar otras categorías lógicas básicas que la de sujeto y objeto porque ésta era precisamente la estructura básica de las lenguas neolatinas (NIETZSCHE, Friedrich, «Sobre verdad y mentira en sentido extramoral», en NIETZSCHE, Friedrich / VAHINGER, Hans, *Sobre verdad y mentira*, ed. Luis Miguel Valdés y Teresa Orduña, Madrid, Tecnos, 1996, pp. 22 y sigs.).

Éstas son las formulaciones primitivas del relativismo lingüístico. Me ha parecido oportuno extenderme en el comentario de estas fuentes más primigenias por cuanto me parecen las más susceptibles de ser conocidas por el erudito Jorge Luis Borges, antes que los planteamientos más modernos de la filosofía y la lingüística contemporáneas.

⁴ SAPIR, «The Status of Linguistics as a Science», en *Language*, 1929, citado en HIERRO S. PESCADOR, José, *Principios de filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza, 1989, p. 169. Los interesados podrán hallar formulaciones más completas del relativismo lingüístico en SAPIR, E., «Lenguaje, raza y cultura», en *El lenguaje*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1954, y en WHORF, B. Lee, *Language, Thought and Reality*, Cambridge (Mass.), M. I. T. Press, 1956 (trad. cast. *Lenguaje, pensamiento y realidad*, Barcelona, Barral, 1971).

⁵ HIERRO S. PESCADOR, José, *op. cit.*, p. 171; PINILLOS, J. L., «Lenguaje, individuo y sociedad», en *Psicometría e investigación psicológica*, Madrid, 1970, p. 1120.

riencia lingüística adquirida por la percepción del lenguaje de los adultos. Con ello se da a entender que la «sintaxis profunda» de todas las lenguas es semejante, que las reglas gramaticales, sintácticas, léxicas y semánticas que distinguen unas lenguas de otras mantienen de hecho diferencias superficiales y que en la mente del individuo reside una «normativa» profunda que regula las estructuras de los lenguajes. Esto último es lo que Fodor llama «lenguaje del pensamiento», una suerte de metáfora científica para referirse a una estructura mental articulada (propia de los seres humanos) sin la cual no serían posibles los lenguajes⁶.

La cuestión es, pues, que ambas ideas se excluyen mutuamente. Son numerosos los pasajes del cuento en que se expresa, explícita o implícitamente, una idea u otra, aunque parece que la línea narrativa se centra en el hecho de que el pensamiento depende del lenguaje (tesis relativista). Así, por ejemplo, para explicar el pensamiento, el narrador debe primero describir el lenguaje. Pero en cambio, antes de explicar el lenguaje ha señalado el presupuesto idealista. La línea expositiva de la narración comete, pues, la falacia del círculo vicioso. Pero para progresar en el comentario de las implicaciones de los lenguajes ficticios de Tlön acaso sea preciso acomodarse a esta contradicción: sigamos pues esta extraña lógica circular impuesta por la propia línea expositiva del cuento, y, circunscribiendo en la medida de lo posible el contenido de este artículo a comentarios de índole filosófica, pasemos a ver cómo el pensamiento de Tlön (este «idealismo presupuesto») influye sobre el lenguaje, y cómo este lenguaje pasa a determinar al pensamiento. No me parece que haya otra manera más acertada de llevar a cabo un comentario mínimamente acabado de las ideas filosóficas presentes en este cuento si no es aceptando esta contradicción. Téngase en cuenta, sin embargo, que la línea expositiva del lenguaje y el pensamiento de Tlön se fundamenta sobre una lógica argumentativa falaz y que, por sí sólo, el argumento aducido por el narrador de que el lenguaje determina al pensamiento porque este mismo narrador nos habla primero sobre el lenguaje y luego sobre el pensamiento es en sí mismo inválido: se trata de una curiosa muestra de la falacia *post hoc, ergo propter hoc* en tanto que *radica en la propia disposición del discurso expositivo*, y de una forma tal que puede decirse que pasa totalmente inadvertida al lector, quien asiente a la afluencia de argumentos tal como éstos se le presentan.

⁶ HIERRO S. PESCADOR, José, *op. cit.*, pp. 99, 136-139. Una exposición del realismo lingüístico a partir de la tesis innatista sobre el lenguaje puede verse en CHOMSKY, Noam, *Language and Mind*, Nueva York, Harcourt Brace, 1968 (trad. cast. *El lenguaje y el entendimiento*, Barcelona, Seix Barral, 1971).

3. EL LENGUAJE IDEALISTA DE LA ACCIÓN Y LA CIRCUNSTANCIA

«Hume notó para siempre que los argumentos de Berkeley no admitían la menor réplica y no causaban la menor convicción. Ese dictamen es del todo verídico en su aplicación a la tierra; del todo falso en Tlön. Las naciones de ese planeta son —congénitamente— idealistas. Su lenguaje y las derivaciones de su lenguaje —la religión, las letras, la metafísica— presuponen el idealismo. El mundo para ellos no es un concurso de objetos en el espacio; es una serie heterogénea de actos independientes. Es sucesivo, temporal, no espacial. No hay sustantivos en la conjetural *Ursprache* de Tlön, de la que proceden los idiomas «actuales» y los dialectos: hay verbos impersonales, calificados por sufijos (o prefijos) monosilábicos de valor adverbial. Por ejemplo: no hay palabra que corresponda a la palabra *luna*, pero hay un verbo que sería en español *lunecer* o *lunar*. *Surgió la luna sobre el río* se dice *hlör u fang axaxaxas mlö* o sea en su orden: hacia arriba (*upward*) detrás duradero-fluir luneció. (Xul Solar traduce con brevedad: *upa tras perfluyue lunó. Upward, behind the onstreaming, it mooned*)» (F, p. 21).

Así, la visión del mundo en Tlön es, según el narrador, inversa al nuestro: es idealista a ultranza. Un idealismo vagamente definido en el texto como una suerte de derivación ultra de la filosofía de Hegel. La visión del mundo se define exclusivamente por la conciencia de un *acto* y de su duración. Se trata de un universo cuya sustancia es percibida como un *acontecer fluido*, visto de una forma similar al *panta rei* ('todo pasa') heraclíteo, donde todo fluye y, por tanto, se carece de referencias fijas y estables en base a sustancias localizadas en un espacio no cambiante (un tipo de percepción fenoménica que sería más propia de un mundo «geométrico», «cartesiano», como el nuestro)⁷.

A partir de ello, se afirma que en el hemisferio austral de Tlön hay una lengua originaria (*Ursprache*) que se explica por la visión del mundo de los tlö-

⁷ Esto es lo que considero que se extrae de la explicación que hace Borges del idealismo de Tlön, pero acaso esto no sea definitivo. De hecho, este idealismo se distingue en parte por antinomia frente a la cosmovisión empírica de nuestro mundo, y no acaba de definirse por sí mismo. Más adelante intentaré completar esta noción de «idealismo» en atención a la «poeticidad» de los idiomas boreales de Tlön.

Al comentar este mismo pasaje, un estudioso de la presencia de pensamiento filosófico en la obra de Jorge Luis Borges lo considera como una aplicación literaria de un pasaje del mismo David Hume: «el universo, en efecto, predicado por Hume al negar realidad a la sustancia, tanto material como espiritual, y quedarse con la temporalidad, bajo la forma de 'sucesión perceptible de estados cambiantes'; véanse NUÑO, Juan, *La filosofía de Borges*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 27 y ss., y HUME, David, *Tratado sobre la naturaleza humana*, ed. Félix Duque, Madrid, Editora Nacional, 1981, pp. 130 y sigs.

nitás, de acuerdo con una idea claramente determinista. Si el idealismo tlönita ve el mundo como sucesión de *actos*, es lógico que la base del lenguaje sea el verbo, el cual se hace acompañar de adverbios. Las palabras originales de Tlön designan acciones, no objetos. De acuerdo con una visión determinista del pensamiento sobre el lenguaje, perceptible en el texto citado, si la visión del mundo es materialista, de ésta se deriva un lenguaje que tiene por base el sustantivo, modificado por el adjetivo; este lenguaje es reflejo de una división del mundo físico en términos de sustancia y accidentes. Pero de forma opuesta, la visión del mundo en Tlön se acuerda a la acción y el modo o circunstancia en que ésta se produce, de tal manera que el lenguaje derivado de este pensamiento tiene por base el verbo modificado por el adverbio. Soy consciente de que en la parte del texto que está siendo comentada no se hace explícita esta analogía, pero creo que se deriva claramente de él. Nótese lo que se dice en la vaga referencia a la polémica de Hume con Berkeley al principio del texto citado. Dejando de lado los contenidos del pensamiento de estos dos filósofos, si nos tomamos la licencia de discurrir acerca de las ideas implícitas en ese párrafo, podemos ver que lo que se está afirmando es que lo que es verdadero en la Tierra (el mundo empírico) es falso en Tlön. Es cierto que el contenido de un enunciado falso no tiene porqué ser necesariamente opuesto al contenido de un enunciado verdadero (es decir: 'el actual rey de Francia es calvo' es un enunciado falso, pero su contenido semántico no es opuesto al enunciado verdadero 'Francia no tiene rey'), pero en cambio, VERDADERO y FALSO son conceptos opuestos, y es con esta idea de oposición existente entre los conceptos presentes en los propios términos «verdadero» y «falso» con lo que juega Borges para definir el lenguaje de Tlön en su hemisferio austral en función de una diametral oposición con respecto al mundo empírico del narrador.

En este sentido, la afirmación del narrador de que Tlön es un mundo de idealistas cobra connotaciones mayores al radicar en la *aserción implícita* previa sobre la oposición entre la percepción del mundo en un universo y en otro, tanto más cuando se hace referencia explícita al nombre de un filósofo del mundo empírico, David Hume, que lleva consigo el marchamo, el acarreo connotativo del empirismo por antonomasia. Consecuencia de ese «idealismo congénito» (que debería suponerse contrario a un «materialismo congénito» en el mundo empírico del narrador, implícitamente aducido en función de la ya mencionada clave de oposición conceptual), y de acuerdo con una visión filosófica del lenguaje de carácter determinista, se nos habla del verbo, *la acción*, como unidad de base composicional del lenguaje, al tiempo que se niega toda posibilidad de existencia en esos idiomas al sustantivo (y, por ende, al adjetivo), tal como puede verse en las traducciones al castellano y al inglés del enunciado en idioma del hemisferio austral. Puede entenderse entonces que Borges juega con

la idea de una visión del mundo radicalmente opuesta a otra que ha sido tradicional, por milenios, en el mundo de las lenguas indoeuropeas, si es que de verdad puede extraerse de sus gramáticas superficiales que una lengua de sujetos y predicados surge de una categorización lógica del entorno como espacio en el que unos seres o sustancias acometen determinadas acciones y/o pueden predicarse de ellos unas atribuciones dadas.

La lógica aplicada por Borges parece falaz no sólo en cuanto al juego con la oposición entre sistemas de pensamiento sino en que el empleo de un supuesto de lógica determinista nos inclina a asentir ante la verdad de las proposiciones sobre el lenguaje del hemisferio boreal de Tlön. Aún aceptando el supuesto determinismo, no es tan cierta la oposición entre nuestro mundo y Tlön. Podría haber sustantivos y adjetivos en un lenguaje de base verbal, sólo que éstos tendrían una función pasiva: la sustancia no acometería acciones, sino que serían el tiempo y el acontecer quienes repercutiesen en las cosas.

Esta última hipótesis lleva a una especulación que nos alejaría del texto que nos ocupa. Para los efectos del comentario de la presencia de elementos de filosofía en la obra de Jorge Luis Borges, cabe retener que es un elemento característico de la prosa borgeana el que su lector deba adecuarse siempre a ciertas premisas epistemológicas expuestas, explícita o implícitamente, como principio rector de la lógica de los contenidos de la narración, y que a la vez deba ignorar totalmente todas las otras posibles premisas que contradigan a las que han sido expuestas como principio. Así sucede, por ejemplo, en «Pierre Menard, autor del Quijote», ficción metaliteraria en la cual no se pueden entender, ni siquiera pararse a considerar, las teorías de la falsa atribución y el anacronismo deliberado⁸ si antes no asumimos ciertas consideraciones previas a caballo entre el holismo y la teoría de la recepción sobre los cambios en los contenidos derivados por la competencia lectora de un mismo texto no cambiante a medida que con el paso del tiempo nuevos paradigmas estéticos y cognoscitivos pueblan el «canon enciclopédico» posible en cada receptor del texto literario. Si no tan profunda en los contenidos que expresa, más complicada resulta esta técnica de *petitio principii* en «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», teniendo en cuenta esa aparentemente caprichosa alternancia entre los presupuestos del determinismo innatista (póngase atención al ingenioso paréntesis retórico y enfático «—congénitamente— idealistas» en el fragmento citado más arriba) y los del relativismo lingüístico (cuyas implicaciones han de verse en el próximo apartado). En lo referente al párrafo que se cita en este apartado, el presupuesto determinista es la base lógica de la sensación de extrañamiento, de abismal alteridad que el lector puede sentir ante la curiosa normativa de ese idioma «ex-

⁸ Véase BORGES, Jorge Luis, «Pierre Menard, autor del Quijote», en *op. cit.*, p. 59.

traterrestre». La cita intertextual del relato al «*brave new world*» shakespeariano (F., p. 20) aparece ya aquí lógicamente fundamentada.

Por otra parte, Borges se descarga de la intensidad conceptual del párrafo por medio del efecto irónico que crean las posibles traducciones del enunciado en «Tlön-austral» al castellano y al inglés, al mismo tiempo que este enunciado y sus traducciones acentúan aún más el extrañamiento, la alteridad, sensaciones que se producen en el encuentro intelectual ante el nuevo mundo y que se hallan connotadas a lo largo de todo el cuento, tanto en sus partes narrativas como en las expositivas.

4. EL LENGUAJE DE LA CONTINGENCIA

Pero más ricas aún son las implicaciones derivables de la descripción de los idiomas del hemisferio boreal:

«...la célula primordial no es el verbo, sino el adjetivo monosilábico. El sustantivo se forma por acumulación de adjetivos. No se dice *luna*: se dice *aéreo-claro sobre oscuro-redondo o anaranjado-tenue-del cielo* o cualquier otra agregación. En el caso elegido la masa de adjetivos corresponde a un objeto real; el hecho es puramente fortuito. En la literatura de este hemisferio (como en el mundo subsistente de Meinong) abundan los objetos ideales, convocados y disueltos en un momento, según las necesidades poéticas. Los determina, a veces, la mera simultaneidad. Hay objetos compuestos de dos términos, uno de carácter visual y otro auditivo: el color del sol naciente y el remoto grito de un pájaro. Los hay de muchos: el sol y el agua contra el pecho del nadador, el vago rosa trémulo que se ve con los ojos cerrados, la sensación de quien se deja llevar por un río y también por el sueño. Esos objetos de segundo grado pueden combinarse con otros; el proceso, mediante ciertas abreviaturas, es prácticamente infinito. Hay poemas famosos compuestos de una sola enorme palabra. Esta palabra integra un *objeto poético* creado por el autor» (F, p. 22).

El sustantivo se forma por acumulación de adjetivos monosilábicos, es decir, que la cosa, su sustancia, se nombra como una suma de cualidades:

$$S = A_1 + A_2 + A_3 + \dots A_n$$

Es decir, por la yuxtaposición de bloques semánticos con valor morfosintáctico adjetival, de tal modo que algunas palabras se crearían en función de

una conjunción de accidentes puntuales o, si se quiere, de tropos o propiedades particularizadas de una situación determinada por la sucesión de aconteceres en el plano temporal. Este lenguaje también concuerda con una visión idealista del mundo en lo que respecta al mundo visto como sucesión de hechos. Es decir, que *esta cosa* designada se define sustancialmente como *tal cosa* en función de esta conjunción de aspectos adjuntos a ella en un momento determinado. De suerte que la conjunción fenoménica de valores accidentales daría lugar en el plano lingüístico a una combinación tendente al infinito de términos posibles.

Si el sustantivo se forma por acumulación de adjetivos, entonces el término se forma en función de un conjunto de elementos particulares percibidos en virtud de una manera de observar determinada. De esta manera, la mera expresión lingüística del hablante sería pura *poiesis* en su sentido más amplio de «creación»: el enunciador, al decir del objeto, dice de la conjunción de aspectos accidentales de la cosa; a partir de este principio, y dentro de un espectro fenoménico amplio como el de un universo, el acto de creación léxica sería constante y perpetuo; aparte de creación léxica y expresiva, el hablante se encontraría también en constante creación estética al crear una nueva combinación sígnica para decir la cosa, poética en tanto que el hablante expresa la cosa en función de un conjunto de accidentes que él ha percibido; es decir, que el hablante-poeta expresa lingüísticamente una percepción, una «manera de ver» que (posiblemente) no ha existido nunca mientras no ha sido expresada. En consecuencia, cabe decir además que el lenguaje de Tlön también es «poético» en tanto que no sólo se trata de comunicaciones de *formas de ver la realidad* que no han sido vistas hasta entonces, sino que estas comunicaciones son, a través de su forma léxico-semántica, palabras creadas, es decir, surgidas *ex nihilo* de la propia mente del emisor (a esto se verían sujetas muchas de las expresiones en el lenguaje boreal de Tlön).

Este lenguaje *en proceso* sería imposible en nuestro mundo empírico, porque cada palabra dice la cosa que *es sólo en esta conjunción tal de accidentes*. En primer lugar, la razón más obvia para deducir la imposibilidad de este lenguaje es que el número de términos posibles sería infinito; si bien el número de construcciones posibles en una lengua cualquiera sí tiende al infinito⁹, esta versatilidad comunicativa requiere un número finito de términos expresables en ese idioma. Sería una lengua imposible de aprender debido a su infinidad de signos lingüísticos y a la carencia de una identidad referencial estable entre palabra y objeto. Por otra parte, este lenguaje no da lugar a la abstracción, y ha-

⁹ Este hecho, del que parte la teoría formalista de la selección paradigmática de los términos en la expresión literaria, podría ser, si se me permite formular una conjetura, el fundamento conceptual mismo del que parta la ficción borgeana de este idioma de palabras infinitas.

ce de todo punto imposible que el nombrar la cosa sea nombrar un conjunto de cualidades reconocidas como propias de un género sustancial y compartidas con todos los otros elementos de este mismo género. De hecho, el efecto de este lenguaje sobre el pensamiento sería el inverso. Una suma de cualidades haría de todo punto imposible la conceptualización: el receptor del mensaje sólo puede *imaginar* un conjunto de circunstancias de un objeto que en cada momento es, tal como se le percibe en un momento dado, único en sí.

De esta manera llegaremos a la cuestión de cómo el lenguaje de Tlön determina a su pensamiento. Pero antes acabemos de definir este pensamiento idealista enlazando de nuevo con el carácter poético de los idiomas del hemisferio boreal de Tlön:

«El hecho de que nadie crea en la realidad de los sustantivos hace, paradójicamente, que sea interminable su número. Los idiomas del hemisferio boreal de Tlön poseen todos los nombres de las lenguas indoeuropeas y otros muchos más» (F, p. 22).

Así, puede acabar de definirse el idealismo de Tlön. Se busca con el adjetivo la aproximación a la *idea* de la cosa, que debe surgir de la enumeración de sus accidentes (los adjetivos). Y esto, ¿es idealismo? Borges era un literato, y, poéticamente, «aéreo-claro...» dice más, suscita una mejor idea como imagen de «luna». Pero esto lleva a una contradicción: si resulta que de esta manera se suscitan mejor las *ideas* (una suerte de ideas como imagen) en la mente del receptor, por otra parte resulta que este acercamiento a la idea mediante la figuración mental de la cosa en función de sus accidentes y en un momento dado es ultramaterialista, porque se precisa el acercamiento al ser de la cosa en unas condiciones materiales, dadas y puntuales. Tal como se expone posteriormente en las páginas que explican el sofisma de las nueve monedas y el experimento de los *hrönir*, parece, paradójicamente, que este ultramaterialismo casa bien con el idealismo a ultranza, por cuanto la realidad del mundo exterior material llega a tal dependencia de una percepción subjetiva cognoscente que no parece que la realidad material pueda existir sin la existencia simultánea de una percepción mental exterior a ella (del tipo que sea) que de manera presencial se proyecte sobre ella¹⁰.

¹⁰ Aquí quizá sea necesario apuntar dos reflexiones. En primer lugar, que no parece difícil imaginar que a las ideas contenidas en la exposición sobre los idiomas del hemisferio boreal y sus consecuencias en el pensamiento de Tlön subyace una ácida parodia de la filosofía hegeliana. En segundo lugar, quizá sea necesario señalar que esta paradoja sobre la síntesis entre idealismo y materialismo se ha dado de hecho en la propia historia de las ideas en occidente: fue cuando un sagaz hegeliano «de izquierdas» se aperció de que, si tan absoluta llegaba a ser, según su maestro

A los tlönitas les falta el valor que el lenguaje del mundo empírico da al sustantivo como elemento evocador de un concepto. En consecuencia, la cultura clásica de Tlön se basa en la psicología. Se supone que la doctrina clásica del mundo empírico es la filosofía, que a lo largo de muchos siglos ha consistido en un ser racional finito que se para a contemplar y pensar el mundo que le rodea y que, al menos aparentemente, le trasciende: el filósofo «estilo clásico» se para ante la cosa, argumenta, comprueba mentalmente su existencia y luego, mediante el pensamiento sobre la cosa, ésta le «dice» al filósofo sus cualidades intrínsecas que son extrapolables a toda otra cosa que es en sí idéntica a otra con las mismas cualidades en cualquier otro momento y lugar; una vez el filósofo comprueba la existencia de la cosa y la define, se pregunta acerca de sus causas, y no tarda en efectuar un «salto metafísico», una concatenación causal que le ayude a comprender las causas primeras de este mundo que le trasciende¹¹. Esta definición (acaso un tanto grosera por mi parte) del pensamiento clásico es imposible en Tlön, donde cada *res extensa*, cada objeto x , x' es único en función de t , t' ... De modo que se hace imposible toda percepción causal del mundo¹². Y el único saber seguro es el de la percepción y la memoria, esto es, la psicología: cómo veo (y vi, y pienso cómo vi y cómo veo...) esta cosa en un momento dado, de acuerdo con todas estas cualidades tuyas, y cómo las guardo en mi memoria; porque toda abstracción es imposible, y si el saber de la cosa se basa en sus cualidades dadas en un instante 't', mi inteligencia radicará entonces en el mayor o menor almacenaje de cualidades distintas según una circunstancia temporal.

«Todo estado mental es irreductible: el mero hecho de nombrarlo —*id est*, de clasificarlo— importa un falseo» (F, 23).

De tal forma que, en última instancia, toda «etiquetación», cualquier decir de la cosa es de todo punto innecesario. Si el objeto es irrepetible, con el decir

Hegel, la síntesis entre los estados de conciencia y la base material del acontecer, poco costaba hacer un leve giro conceptual para pasar a entender el mundo como una sucesión evolutiva de relaciones entre estados materiales; parece así que de tales consideraciones surgió la base filosófica del materialismo histórico.

¹¹ Esto último es, *grosso modo*, la definición aristotélica de «ciencia»: 'el saber de las causas primeras' (*Metafísica*, 982a).

¹² Como puede verse, efectivamente, en las refutaciones al sofisma de las nueve monedas (F, pp. 25-29). Esta imposibilidad de percepción causal del mundo explica por qué no hay lugar para una «filosofía», tal como la entendemos nosotros. La filosofía occidental, en sus orígenes, comenzó buscando orígenes, principios y causas, de lo cual ya eran conscientes los propios autores de la filosofía clásica (así, ARISTÓTELES, *Metafísica*, Libro I (I), caps. 2 y 3, libro V (V), caps. 1 y 2); en este sentido, tales inquietudes *cognoscitivas* no pueden existir en un mundo sin percepción causal de los fenómenos que en él acontecen. Y esto mismo expresa Borges en consecuencia.

del objeto irreplicable no estoy diciendo algo de él que también se puede decir de este otro que es similar porque comparte con él cualidades análogas. De esta manera, el lenguaje constaría de infinitos signos que suscitarían en el receptor figuras mentales infinitas. Este lenguaje tan material, pues, imposibilita la abstracción y el razonamiento, y no sirve para la transmisión de conocimientos, dado que es preciso que, para que el receptor comprenda el término, sea consciente de todas esas propiedades que el emisor pronuncia para designar a ese objeto 'x' dado en un tiempo 't'. Esto sería imposible de acuerdo con una concepción «empírica» del lenguaje que concibiese al objeto lingüístico como fruto de un convenio de asignar a la palabra el valor de referencia signífica de un conjunto de ideas generales vistas por el grupo social en unos objetos empíricos semejantes entre ellos¹³ (esto, por ejemplo, para el caso de un nombre común). Si acaso, la única comunicación consistiría en *educar* al receptor en una nueva asociación de aspectos contingentes que suscitan una idea de objeto; o bien el receptor debería acometer un ejercicio hermenéutico de elucidación acerca de qué concepto, qué objeto lingüístico se obtiene de la conjunción de unos determinados accidentes.

En todo caso, extraer concepciones de orden general a partir de este sistema comunicativo seguiría siendo imposible. El lenguaje de Tlön, en realidad, ni siquiera parece humano, puesto que carece de la capacidad de abstracción. El lenguaje del hemisferio boreal, al nombrar un objeto, no puede prescindir de la enunciación *conjunta* de las cualidades accidentales del objeto; de esta manera sería imposible, por ejemplo, referirnos a un objeto para hablar de *una* propiedad suya (esto es, abstraer). En el lenguaje del mundo empírico la abstracción es una característica esencial, y no sólo por economía comunicativa (lo cual, de por sí, ya parece un motivo suficiente), sino porque su capacidad de abstracción hace que podamos referirnos a una propiedad concreta del objeto (o a unas pocas propiedades) en función de lo que nos interesa comunicar en un momento dado¹⁴.

¹³ Nótese que esta concepción «empírica» tiene bastante de idealista; como veremos a continuación, este lenguaje no es tan idealista como el narrador pretende y tampoco determina una visión idealista del mundo.

¹⁴ Por lo tanto, en esto radica la «invalidación de la ciencia» aducida por el narrador (F, p. 23), dado que una ciencia, ya sea empírica, predictiva..., necesita hacer abstracción de algunas propiedades concretas de los elementos que caen bajo su dominio para acometer sus finalidades. Un ejemplo sencillo: un problema de física elemental sobre el deslizamiento de un cuerpo sólido sobre una pendiente *abstrae* de una posible situación empírica conceptos tales como volumen, masa, fricción superficial y aérea, velocidad... Un lenguaje como el «Tlön-boreal» no podría abstraer esos elementos conceptuales, sobrecargando además la mención de ese hecho la representación adjetival de una serie de elementos materiales perceptibles que, indudablemente, darían una visión muy tangible y hasta pintoresca del problema en cuestión, pero implicarían un acarreo de información excesivo e irrelevante.

Cabe conjeturar también que sería imposible obtener *sustantivos abstractos* de esa suma de propiedades, dado que los accidentes de la cosa dicha en ese lenguaje son propiedades observables. Así, por ejemplo, sería difícil expresar un estado de ánimo. En tanto que acumulación de adjetivos que conceptualizan las sensaciones procedentes de la vista y del oído, el idioma del hemisferio boreal de Tlön es harto sensorial, dígase ecoico o gráfico en tanto que la enumeración de accidentes visuales o auditivos hace que el término resultante busque la semejanza (salvando la arbitrariedad existente entre significante y significado) con el objeto que se designa. Por esta búsqueda de una relación inmediata entre la conjunción de adjetivos y el objeto designado, parece que entre las palabras y el objeto designado no media un concepto, sino una experiencia sensorial interna, un eco o una imagen mental.

Esto nos lleva a la contradicción más insalvable del extraño idealismo de Tlön: el término designa a la cosa en función de una inmediatez total de la percepción de los objetos; y, si aceptamos que este lenguaje condiciona al pensamiento, todo se resume en una absoluta inmediatez material y del presente. En función de todo esto, ¿dónde se encuentra ese idealismo aducido por el narrador si no es en la percepción materialista a ultranza del mundo exterior? En última instancia, pues, todo parece caer en la contradicción lógica, o al menos en una lógica nihilista donde la percepción temporal del mundo, la conciencia de que cada objeto es irrepetible, supone una acentuación de lo sensorial, de la cosa que se nos está escapando a cada momento.

5. CODA (A MODO DE CONCLUSIÓN)

Recapitulo. Se han expuesto las contradicciones patentes en la exposición del universo ficcional descrito en una parte de «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius». Se ha discurrido asimismo acerca de la imposibilidad relativa del quimérico lenguaje de Tlön y acerca de sus improbables formas de pensamiento. No es necesario insistir en que el uso que Borges hace de la filosofía en su obra de ficción responde a unas necesidades retóricas. Así, la ya mencionada lógica circular en lo referente a la prioridad lógica entre lenguaje y pensamiento, o los presupuestos relativistas que nos llevan del lenguaje de los idiomas boreales a su pensamiento idealista-materialista, son la base retórica mediante la cual el autor nos conduce a una conclusión en la que ese *brave new world*, ese mundo ideal (por ficcional) acaba por adquirir una fuerza tal entre sus estudiosos y el público del mundo empírico del narrador que acaba por amenazar con la absorción de su cultura. La *clave retórica* del uso filosófico de Borges en esta narración habrá de ser, empero, materia para otro trabajo.

A pesar de los variables matices temáticos en el ecléctico artificio que «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» representa, parece posible establecer la presencia de alguna unidad de pensamiento coherente en esta narración. Como en otros de sus poemas, artículos y ficciones en prosa, esta unidad de pensamiento no sería otra que el *deseo* (siempre dentro del plano ficcional) de conferir a la palabra, al signo, un valor otro aparte de la noción de arbitrariedad¹⁵. Todo esto, nótese, es una filosofía *poética*, con una conciencia de las palabras que poco tiene que ver con la abstracción filosófica. Que Borges no era filósofo (empleando el término «filósofo» en un incómodo sentido institucional) se ve en las contradicciones en las que, como mero erudito, puede caer. Así sucede en «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», donde a veces sus propias palabras parecen traicionarle.

Pero es el caso que Borges, como escritor, tiene de las palabras una noción antes que nada poética. Así se expresa en la descripción del lenguaje del hemisferio boreal de Tlön, donde se incide en su poeticidad, donde se expresa que el adjetivo siempre aporta mayores connotaciones ideales que el frío sustantivo, una expresividad superior. Se busca aquí un concepto de la palabra como elemento que tiene un valor de acercarse al ser del objeto, se nos explica un relato acerca de un uso elementos abstractos aptos para la comunicación (las palabras) que buscan acercarse a la materialidad esencial de aquello que significan. En este sentido, si el adjetivo (denominación de una propiedad que se proyecta sobre un objeto) tiene un valor de *juicio subjetivo* sobre la cosa superior al sustantivo (denominación genérica de un objeto), entonces aquel es más útil para esa finalidad, al menos para una categorización particular que cada individuo efectúa sobre las percepciones que de su entorno le llegan. La «poeticidad» del lenguaje de Tlön radica entonces no sólo en un proceso de creación léxico-semántica que categoriza sobre los constantes cambios en el mundo circundante, sino en la facultad de expresión subjetiva perpetua a que da lugar.

Es cierto que algunas (o muchas, según se mire) de las proposiciones expresadas en los cuentos de Borges no resisten a un frío análisis en términos filosóficos. Esta idea acaso debería inhibir a los rastreadores de sistemas enteros de pensamiento a partir de vaporosos conceptos filosóficos. También debería contener a quien pretenda refutar a un autor literario como si sus enunciados tuviesen un valor lógico de verdad o mentira. Porque, no debería olvidarse, lo que en estas obras se emite son elementos de juicio subjetivos, tan importantes

¹⁵ En este pensamiento se incluyen también otras ficciones borgeanas, donde parece querer conferirle al signo una cualidad esencial, bien sea un poder mágico («El espejo de tinta», «La escritura del dios»), o un valor fundamental en la configuración del universo («La escritura del dios», «La Biblioteca de Babel»).

en unos territorios de pensamiento como lo son los elementos de la razón pura en el terreno teórico. Pero también es innegable que un estudio filosófico de estos elementos nos permite reconocer estos elementos de juicio y discurrir y discutir sobre ellos. Acaso en un momento como este es cuando las verdades lógicas y los conceptos filosóficos dejan de parecernos entes autónomos flotando por sí solos en un espacio independiente de la mente humana que los discurre.

BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES, *Metafísica*, ed. trilingüe de Valentín García Yebra, Madrid, Gredos, 1990.
- BACON, Francis, *The Advancement of Learning*, citado en HACKING (1993).
- BORGES, Jorge Luis, *Ficciones*, Madrid, Alianza-Emecé, 1995.
- CHOMSKY, Noam, *Language and Mind*, Nueva York, Harcourt Brace, 1968 (trad. cast. *El lenguaje y el entendimiento*, Barcelona, Seix Barral, 1971).
- HACKING, Ian, *Why Does Language Matter to Philosophy?*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993 (trad. cast. a la primera edición: *¿Porqué el lenguaje importa a la filosofía?*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979).
- HIERRO S. PESCADOR, José, *Principios de filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza, 1989.
- HUME, David, *Tratado sobre la naturaleza humana*, ed. Félix Duque, Madrid, Editora Nacional, 1981.
- NIETZSCHE, Friedrich, «Sobre verdad y mentira en sentido extramoral», en NIETZSCHE, Friedrich / VAHINGER, Hans, *Sobre verdad y mentira*, ed. Luis Miguel Valdés y Teresa Orduña, Madrid, Tecnos, 1996.
- NUÑO, Juan, *La filosofía de Borges*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- PINILLOS, J. L., «Lenguaje, individuo y sociedad», en *Psicometría e investigación psicológica*, Madrid, 1970.
- SAPIR, «The Status of Linguistics as a Science», en *Language*, 1929, citado en HIERRO S. PESCADOR (1989).
- *El lenguaje*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1954.
- WHORF, B. Lee, *Language, Thought and Reality*, Cambridge (Mass.), M. I. T. Press, 1956 (trad. cast.: *Lenguaje, pensamiento y realidad*, Barcelona, Barral, 1971).